

DOS TEMAS DE LA ÉPOCA AUGUSTAL EN VIRGILIO Y HORACIO

Durante los difíciles años en los que Augusto asciende al poder supremo, se reiteran en la literatura latina, como respuestas personales a la ardua realidad contemporánea, dos temas fundamentales: el presente y el porvenir de Roma, y el elogio de la vida campesina, unido a la detracción de la vida urbana.

Se analizará el desarrollo del primer tema en el epodo XVI de Horacio y se establecerá la comparación pertinente con la égloga IV de Virgilio, que probablemente haya sido su fuente.

Luego se considerará cómo trata Horacio el segundo tema enunciado en otra obra de juventud: el epodo II, al que se comparará con un texto afín de Virgilio: la digresión final del canto II de las *Geórgicas* (vv. 457-540).

El estudio comparativo de estas composiciones permitirá captar de qué manera diferente responden Horacio y Virgilio a la problemática de su época y observar en ambos —con las limitaciones propias de un *corpus* restringido como el que se analiza— la presencia de una cosmovisión personal y divergente.

El epodo XVI y la égloga IV

El epodo XVI constituye la contrapartida, la antítesis de la égloga IV. En este poema —escrito muy probablemente en el año 40 a. C., después del pacto de Brindis— Virgilio profetiza el advenimiento progresivo e inminente de una nueva Edad de Oro en el mundo, que aportará la armonía entre dioses y hombres, la gentileza espontánea de la naturaleza y la regeneración moral de la humanidad, plasmada en la paulatina desaparición del mal. La descripción del restablecimiento de la armonía originaria entre dioses, hombres y naturaleza se expresa en una composición perfectamente equilibrada y simétrica.

Frente a esta seguridad optimista de Virgilio —manifestación de

una esperanza tanto nacional como cósmica— se yergue la más radical desesperanza de Horacio frente a la situación de Roma; para este, la única solución que cabe para aquellos romanos caracterizados como *piti* es alejarse de esta ciudad, que “se derrumba por sus propias fuerzas” (*suis et ipsa Roma uiribus ruit* v. 2).

Con respecto a cuál de los dos autores tuvo la prioridad en la composición, se sabe que este problema fue largamente controvertido por la crítica. Eduard Fraenkel presenta un resumen de la cuestión¹ y reafirma la posición de Bruno Snell, quien probó en forma conclusiva —pese a objeciones posteriores— la prioridad de Virgilio². Sin embargo, es imposible datar con exactitud el epodo XVI; Fraenkel sugiere, como fecha hipotética, la primavera del año 38 a.C., o un momento algo posterior.

Resultará interesante, pues, observar cómo articuló Horacio su poema y de qué manera dispuso en él los elementos virgilianos.

En el epodo XVI se destacan como primera unidad los catorce versos iniciales. Horacio parte de la siguiente afirmación:

*Altera iam teritur bellis ciuilibus aetas,
suis et ipsa Roma uiribus ruit.* (vv. 1-2)³

Luego Horacio enumera a todos los pueblos que en el pasado no pudieron vencer a Roma (v. 3-7), utilizando un esquema muy habitual en sus poemas: una serie de fórmulas negativas (*neque... nec... nec... nec...*), que realzan la afirmación antitética posterior:

¹ E. Fraenkel, *Horace*, Oxford, Clarendon Press, 1966, p. 52; éste añade: “Horace has Virgil’s poem before him”. Comparten la opinión de Fraenkel, entre otros, Pierre Grimal, Jacques Perret y Gordon Williams. Cf. P. Grimal, *Horace*; Paris, du Seuil, 1965, p. 23; J. Perret, *Horace*, Paris, Hatier, 1959, p. 113; G. Williams, *Tradition and originality in Roman Poetry*, Oxford, Clarendon Press, 1968, p. 276.

² B. Snell, “Die 16. Epode von Horaz und Vergils 4. Ekloge”, en *Hermes*, LXXIII (1938), pp. 237-242.

³ Estos versos recuerdan los versos 9 y 10 del *Epodo VII*: “ut secunda uota Parthorum sua/ urbs haec pertret dextera?” Por otra parte, hay afinidad entre ambos epodos: en los dos se presenta a Roma como a punto de ser destruida por las guerras civiles.

impia perdemus deuoti sanguinis *aetas*
ferisque rursus occupabitur solum. (vv. 9-10)

De modo que Horacio ha logrado, por una parte, establecer una contraposición entre el pasado glorioso de Roma (vv. 3-8) y su futuro abominable: la entrada de los bárbaros en la ciudad, destrozada por las guerra civiles (vv. 9-14) y por otra, ha connotado la *altera aetas* del primer verso como *impia*, adjetivo que, conectado con *deuoti sanguinis* y con *nefas uidere* (v. 14), presenta una perspectiva ético-religiosa del asunto y acerca esta composición al epodo VII⁴.

Cabe recordar las observaciones de Gordon Williams acerca de un "basic poetic pattern", que Horacio desarrolla en este poema: "The characteristic structure (...) is provided by the poet's using a more or less concrete political situation, more or less factually expounded, as a springboard for his imagination to move out into unexpectedly remote ideal or mythological concepts"⁵.

En el verso quince se inicia la segunda sección del poema, que se extiende hasta el cuarenta. Aquí Horacio, sorpresivamente, se dirige al pueblo romano en el marco de una asamblea, utilizando inclusive algunas fórmulas habituales en la actividad política de Roma:

Sic placet? an melius quis habet suadere? (v. 23)

El poeta exhorta a sus conciudadanos a emprender el mejor camino posible: imitar la conducta de los foceos⁶ y partir de Roma hacia cualquier otro lugar del mundo; les sugiere, además, hacer un juramento tal que el regreso sea imposible. De este modo, los catorce versos iniciales se incorporan a esta suerte de diálogo que Horacio mantiene con su auditorio y constituyen el punto de partida del tono admonitorio del poema.

Por otra parte, es muy perceptible en este poema la influencia

⁴ *Epodo VII*, vv. 17-20: "Sic est: acerba fata Romanos agunt/ scelusque fraternae necis,/ ut inmerentis fluxit in terram Remi/ sacer nepotibus cruor."

⁵ G. Williams, *o. c.*, p. 166.

⁶ Heródoto (I 165) transmite esta historia y el juramento solemne que impedía a los foceos retornar a su patria.

de la poesía política de Arquíloco, autor al que el mismo Horacio considera como su maestro en los *epodos*⁷.

En esta segunda sección del poema nos detendremos en los siguientes aspectos:

a) Horacio repite o incluye palabras que subrayan la perspectiva ético-religiosa del asunto:

(...) ne redire sit *nefas* (v. 26)
 (...) *mollis et exspes*
inominata perprimat cubilia (vv. 37-38)

b) En este momento el poeta sugiere una huida hacia *cualquier* lugar:

ire, pedes *quocumque* ferent, *quocumque* per undas
 Notus uocabit aut proteruus *Africanus*. (vv. 21-22)

c) En la primera sección del poema Horacio había caracterizado a los romanos como representantes de una *impia aetas* (v. 9). Ahora se presenta una diferenciación entre ellos. En efecto, el poeta dice:

Forte quid expediat *communiter aut melior pars*
malis carere quaeritis laboribus? (vv. 15-16)

Esta oposición entre dos grupos de ciudadanos se repite y clarifica en los vv. 36-40:

eamus omnis execrata ciuitas
aut pars indocili melior grege; mollis et exspes
inominata perprimat cubilia.
Vos, quibus est uirtus, muliebrem tollite luctum
Etrusca praeter et uolate litora.

Aquí se hace una clara distinción entre los mejores, los que tienen *uirtus*, los *pii* (cf. vv. 63 y 66), y los otros, que pertenecen a la *grex indocilis*, cuyos atributos son *mollis*, *exspes*, y que poseen una

⁷ Horati *Epistulae*, I, XIX, pp. 23-25: "Parios ego primus iambos/ ostendi Latio, numeros animosque secutus/ Archiloqui, non res et agentia uerba Lycamben."

aflicción propia de mujeres. Horacio propone, pues, una solución, una salida solamente para aquellos que, como él, presentan características distintivas y tienen conciencia cabal de la situación de Roma.

Es probable que se empiece a perfilar en estos versos un tema reiterado en la poesía horaciana, de clara raigambre epicúrea⁸: la distinción entre la mayoría de los hombres, dominados por la ambición, proyectados hacia el futuro y temerosos del mañana, por una parte, y por otra, los que, como él, son "sabios", o aspiran a serlo: no tienen ambiciones políticas o económicas, se contentan con poco, no sienten ansiedad por el futuro, no conciben proyectos desmedidos⁹.

d) Como vimos, en esta segunda sección del poema Horacio exhorta a sus conciudadanos a hacer un juramento tal que el regreso a Roma sea imposible. Probablemente, tanto lo idea del juramento como su fórmula surjan de Heródoto (*l. c.*); pero aquí Horacio desarrolla ampliamente el juramento (vv. 25-34) mencionando una serie de *ádóvara* de modo tal que subordina el regreso a Roma a condiciones contrarias a las leyes de la naturaleza; por lo tanto, vuelve imposible el retorno.

Sabemos que la mención de *ádóvara* es un *locus communis* de la poesía grecorromana y que Virgilio, entre otros, utiliza repetidamente este recurso en las *Bucólicas*¹⁰. Es probable que Horacio haya reelaborado en el epodo XVI algunos *ádóvara* virgilianos, aspecto que estudia Snell en el artículo citado¹¹; por ej.:

égloga VIII, vv. 27-28:

iuigentur iam grypes equis, aeuoque sequenti
cum canibus timidi uenient ad pocula dammae.

epodo XVI, vv. 30-32:

⁸ Cf. Lucreti *De Rerum Natura*, II 1-61; III 59-93; V, *passim*.

⁹ Algunos poemas de Horacio donde se desarrolla este tema: *Carmna*: I, 4, 9, 11; II 18; III 16; *Epistulae*: I 1, 5, 6.

¹⁰ Vergili *Bucólica*: I 59-63 (con el mismo objetivo que Horacio); IV *passim*; V 36-39, 60-62; VIII 27-28, 52-56.

¹¹ Para la discusión de este problema, cf. el citado artículo de Snell, esp. pp. 237-240.

nouaque monstra iunxerit libidine
 mirus amor, iuuet ut tigris subsidere ceruis,
 adulteretur et columba miluo

Pero lo más significativo es que en el v. 33 Horacio repite casi textualmente el v. 22 de la égloga IV:

credula nec rauos timeant armenta leones (ep. XVI v. 33)
 (...) nec magnos metuent armenta leones (égl. IV v. 22)

Hay que tener en cuenta que en el verso 22 de la égloga IV Virgilio marca una característica de la Edad de Oro: la concordia entre animales enemigos. Horacio establece cambios mínimos en el verso¹², lo desplaza de su contexto original y lo inserta en otro diferente, lo que no puede pasar desapercibido para un lector atento. Con el desplazamiento Horacio logra lo siguiente: presenta como imposible —dentro de la serie de *ἀδύματα*— esa característica de la Edad de Oro que Virgilio muestra como factible en un futuro cercano. Parece, pues, que Horacio quiere marcar que está parafraseando a Virgilio, quizá paródicamente¹³; y además, establece un lazo sutil entre esta sección del poema y la siguiente¹⁴.

En el v. 41 se inicia la tercera sección del epodo XVI, en la que el poeta describe una comarca fantástica, término del viaje que los romanos deben emprender; la presenta así:

Nos manet Oceanus circumuagus; arua, beata

¹² Los cambios son: "rauos" en lugar de "magnos", "timeant" en lugar de "metuent"; aquí el cambio de modo se debe a la presencia de una suboración adverbial consecutiva.

¹³ Dice Pierre Grimal al respecto: "Cette fois, le désespoir accable Horace, qui ne peut s'empêcher de reprendre, avec dérision, les mots mêmes de Virgile, dans ses poèmes d'espoir. Et c'est l'*Epode XVI*, qui fourmille d'allusions parodiques non seulement à la lumineuse *Bucolique IV*, mais à tout le recueil virgilien". En *Horace*, Paris, du Seuil, 1965, p. 23.

¹⁴ Fraenkel, *o. c.*, p. 51 y n. 4

petamus arua, diuites et insulas (vv. 41-42)^{15,16}

De esta manera se ha resuelto el *guocumque* del v. 21: estas *diuites insulae* son las Islas de los Bienaventurados, las fabulosas islas del Atlántico, donde estaban las almas de los muertos, como aparece en la *Odisea* IV 561-569 y en *Los Trabajos y los Días* 167-173. Horacio nos remite, pues, al terreno del mito. Y se mantiene en ese plano cuando empieza a describir —en el segmento más largo del poema: veinte versos— la vida en esas islas, cuyas características son las de la Edad de Oro mítica: gentileza espontánea de la naturaleza, concordia entre hombres y animales, desaparición del mal, gozo del hombre. Estas características agradables de la vida humana en las *diuites insulae* y en la Edad de Oro han permitido a Horacio asociar ambos mitos.

Si bien las descripciones de la Edad de Oro son frecuentes en la literatura griega desde Hesíodo, Virgilio demuestra una originalidad absoluta en la égloga IV¹⁷. Gordon Williams señala que ha transmutado en este poema elementos de Hesíodo, Platón, Nicandro y Teócrito, y añade: "The Greek ideas that go back to Hesiod have been given a completely new life in a new imaginative world"¹⁸. Ahora bien, no cabe duda de que Horacio, entre otras posibles fuentes, ha elegido como modelo la égloga IV (vv. 18-45) en la descripción de la vida en las *diuites insulae*; inclusive aparecen detalles que solo pueden tener como precedente a Virgilio: las cabritas que vuelven espontáneamente, y la inexistencia de serpientes¹⁹.

¹⁵ ¿Habrà recordado Horacio con ironía el dolor de Melibeo al abandonar su patria? Cf. el v. 3 de la *Égloga* I: "nos patriae finis et dulcia linquimus arua".

¹⁶ Con respecto al problema de si Horacio pudo tener en cuenta la historia de Sertorio, que quería llegar a esas islas, Fraenkel dice: "It is possible, but non provable, that Horace remembered the story of Sertorius." (*o. c.*, p. 49).

¹⁷ G. Williams, *o. c.*, p. 276; y también pp. 274-282.

¹⁸ *Ibidem*, p. 280.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 276-277.

Como observamos, Horacio sigue muy de cerca a Virgilio, y además traslada aquí un verso de la égloga I²⁰. Pero hay diferencias significativas en ambas caracterizaciones, que señalaremos más adelante.

En los cuatro versos finales del epodo XVI, condensación de todo el poema, Horacio se refiere al mito de las edades de la humanidad y se llama a sí mismo *uates*, cuyas palabras hacen posible, para los *pii*, la huida de la Edad de Hierro, es decir, de Roma.

Iuppiter illa *pie* secrevit litora *genti*,
ut inquinavit aere tempus aureum;

aere, dehinc ferro duravit saecula, quorum
piis secunda *uate* *me* datur fuga. (vv. 63-66)

Cabe recordar que en los versos 53 a 59 de la égloga IV Virgilio se propone a sí mismo como el poeta de la Edad de Oro, e invencible, además. Parfraseándolo, Horacio —también al final de la composición— se considera *uates*²¹, pero él no va a ser el poeta de la Edad de Oro; su función es más restringida: alertar a sus conciudadanos y exhortarlos a alejarse de Roma.

¿Cuales son las diferencias que presentan ambos autores en la caracterización de la Edad de Oro? En las *diuites insulae* de Horacio la Edad de Oro ya está instalada —uso casi exclusivo del presente de indicativo—; al hombre le corresponde sólo gozarla (*pluraque felices mirabimur*, v. 53). En cambio, en la égloga IV la Edad de Oro es una meta —uso preferencial del futuro imperfecto—, se asentará progresivamente en la tierra y el hombre colaborará con ese proceso al purificarse paulatinamente del mal:

²⁰ En esta égloga la salubridad del ganado se debe a su permanencia en la tierra patria; en el *Epodo XVI* se logra en tierras lejanas. ¿Nueva burla de Horacio al encendido patriotismo de Melíbeo?

²¹ Se observa ya aquí la procedencia temprana de este tema, medular en la obra de Horacio.

(...) si qua manent sceleris uestigia nostri,
 inrita perpetua soluent formidine terras (vv. 13-14)
 pauca tamen suberunt priscae uestigia fraudis (v. 31).

Virgilio insiste en que el mal no desaparecerá mágicamente del mundo, y alude a sus diversas manifestaciones (la navegación, las guerras: vv. 31-36), que subsistirán durante un tiempo, hasta que desaparezcan del todo (v. 38 ss.). En este punto Horacio disiente, y transforma en oraciones negativas las afirmaciones de Virgilio (cf. los vv. 57-59 del epodo XVI y sus correspondientes virgilianos); así pues, las *diuites insulae* son inaccesibles al mal.

Por otra parte, en Virgilio la Edad de Oro se establecerá en toda la tierra (vv. 50-52), sin límites temporales explícitos²². Por el contrario, Horacio la ubica en un ámbito restringido: las Islas de los Bienaventurados, que están fuera del mundo conocido por los antiguos, y además, el viaje a ellas trae aparejada la huida del tiempo presente, la Edad de Hierro: *quorum (...) fuga = saeculorum fuga* (cf. *supra*, vv. 65-66). De modo que el alejamiento hacia esas islas implicaría un alejamiento del tiempo y del espacio reales, es decir, una evasión.

Además, como Horacio deja de lado todas las especulaciones mítico-filosóficas sobre las que Virgilio basa el retorno inminente de la Edad de Oro, ésta presenta en el epodo XVI contornos exclusivamente míticos, vagos, alejados de la realidad histórica contemporánea. En Horacio la Edad de Oro es el Paraíso Perdido; en Virgilio es un objetivo cercano: el mito se ha introducido en la historia.

El estudio comparativo de ambos poemas permite responder a esta pregunta: ¿por qué dos poetas coetáneos, inmersos en la misma atmósfera cultural, aludiendo a mitos semejantes, llegan a resultados tan diferentes?

Virgilio parte de un deseo fuertemente acendrado en su espíritu:

²² Cf., sin embargo, las observaciones de R. Schilling en "Tradición e innovación en el canto VI de la *Eneida* de Virgilio", en *Virgilio en el bimilenario de su muerte*, Bs. As., Parthénope, 1982, p. 140.

la regeneración de la humanidad, la desaparición del mal, y proyecta en el mundo imaginario de la égloga IV su cosmovisión esperanzada, claramente optimista. Para este poeta el ideal (la Edad de Oro) está cerca, se concretará, y será compartido por todos los hombres. No hay quiebra interna frente a la difícil situación política romana, no hay repliegue en sí mismo, sino un abrirse a la comunidad y ponerse a disposición de ella para ser el poeta de los nuevos tiempos.

Horacio comparte indudablemente el deseo de Virgilio, pero está desilusionado, agobiado por su conflictiva situación personal y por el penoso presente romano, sobre el cual pesa una maldición; así pues, proyecta en el epodo XVI su cosmovisión desesperanzada, marcadamente pesimista. Él se nombra a sí mismo *uates* en el momento de la huida de Roma hacia un mundo ilusorio, en el momento de la evasión. Para este poeta, el ideal (la Edad de Oro) está lejos, fuera del mundo conocido, en el plano mítico, y no todos los romanos tendrían cabida en él. Para el joven Horacio del epodo XVI el ideal es inalcanzable, y por eso cuestiona irónicamente el planteo de Virgilio.

El epodo II y Geórgicas II, 458-540

El epodo II es un poema de resonancias ambiguas; ha suscitado explicaciones divergentes acerca de la intencionalidad de Horacio al colocar un encendido elogio de la vida campesina en boca de un usurero romano²³. Como se sabe, Horacio reelabora aquí un *locus communis* de la literatura de la época²⁴, que encontramos en los poetas elegíacos y en Virgilio²⁵; el elogio de la vida campesina y la detractación de la vida urbana, tema que, por lo general, aparece vinculado con un punto central del pensamiento epicúreo. Dice Pierre Grimal al respecto, al ocuparse del canto II de las *Geórgicas*: "Esta

²³ Para un resumen de la cuestión, cf. el artículo de F. Nóvoa, "El epodo II de Horacio", en *Argos*, 3 (1979), pp. 31-40.

²⁴ Y además: "The merits of the country life were among the subjects of debate in schools of rhetoric (...)". En L. P. Wilkinson, *Horace and his Lyric Poetry*, Cambridge, University Press, 1968, p. 55.

²⁵ Algunos ejemplos en Tibulo: I, 1, 10; II, 1.

vida [campestre] elimina la mayor parte de las causas que aportan la turbación a las almas: el gusto de la riqueza, los deseos insaciables, y las pasiones que ellos entrañan, así como la agitación y las angustias de la vida política. Es innegable que el cuadro trazado por Virgilio de la vida *urbana* con sus lujos inútiles y sus celos y sus crímenes concuerda con la enseñanza epicúrea: como el sabio de Epicuro, el campesino vivirá alejado de la política, él no se dejará invadir ni por la admiración ni por el gusto inmoderado de riquezas. Él aceptará una ataraxia de hecho (...) ²⁶.

Se ha señalado la relación del epodo II con la digresión final del canto II de las *Geórgicas* ²⁷. Si bien no se puede precisar quién tuvo prioridad en la composición, el parentesco de ambos textos es evidente. Además, dada la proximidad de las probables fechas de publicación de las dos obras (*Epodos*: 30 a. C., *Geórgicas*: 28 a. C.), es muy posible que uno de ambos poetas haya conocido la obra del otro. Veamos qué observaciones puede aportar el estudio comparativo de los textos.

El epodo II se inicia con una serie de ocho versos en los que Horacio detracta la vida urbana, fuente de todo mal. En Virgilio este tema se presenta de manera mucho más pormenorizada y con una ubicación diferente: al comienzo (vv. 459-466), en el medio (vv. 495-512) y al final (vv. 539-540) de la digresión; es decir que este poeta utiliza veintiocho versos para detractar la vida urbana y treinta y seis para la campesina ²⁸; si tenemos en cuenta además la disposición de los versos que atienden a uno u otro tema, la conclusión es que a Virgilio le interesa describir comparativamente, como antitéticos, ambos tipos de vida. En cambio, Horacio concentra —casi— en el comienzo del epodo los males de la ciudad.

²⁶ En "Algunos aspectos epicureístas de las *Geórgicas*", en *Virgilio en el bimilenario de su muerte*, pp. 53-54.

²⁷ Cf. Fraenkel, *o. c.*, pp. 59-60, y Nóvoa, *art. cit.*, p. 38 ss.

²⁸ Dejamos de lado en este análisis los versos 475-492 porque, si bien tienen que ver con el encuadre filosófico de las *Geórgicas*, no interesan especialmente para el desarrollo del tema elegido.

Aquí, luego del significativo *ergo* inicial, el autor caracteriza la vida campestre. Se ocupa primero de los variados trabajos del campesino; luego señala la llegada del otoño, la recolección de los frutos y las ofrendas a Príapo y a Silvano. Después alude al descanso del labrador, e inserta la descripción de un *locus amoenus* con sus características habituales. Finalmente menciona la aparición del invierno y describe una actividad placentera del campesino: la caza.

Al considerar esta segunda sección del poema, la conclusión es que el autor subraya especialmente los aspectos agradables de la vida rural y deja en segundo plano el esfuerzo, la labor del campesino. En efecto, dedica ocho versos al trabajo del labrador (vv. 9-16) y veinte (vv. 17-36) a los momentos placenteros de su vida: caza, descanso en el *locus amoenus*, ofrenda a los dioses; las palabras elegidas insisten en este enfoque hedonista: *ut gaudet insitua decerpen, pira* (v. 19), *Libet iacere...* (v. 23), *iucunda captat praemia* (v. 36).

Virgilio concentra también en diez versos (513-522) las tareas del agricultor²⁹ y otorga mayor cantidad de versos a los placeres de la vida campesina (vv. 467-474, 523-531), que incluyen una fiesta religiosa.

Si bien hay semejanza en la distribución otorgada por ambos poetas a los elementos placenteros y laboriosos de la vida agrícola, la motivación de tal distribución parece deberse a intenciones diferentes. En Horacio tenemos la visión de un hombre de la ciudad (la de él mismo, y, especialmente, la de Alfio), que, hastiado de la vida urbana, ve en el campo sólo lo bueno y lo que no puede brindarle la ciudad. En cambio, a Virgilio le interesa destacar que la vida campesina preserva los valores tradicionales de la moral romana y que, por lo tanto, es ejemplar:

at secura quies et nescia fallere uita (v. 467)
 et patiens operum exiguoque adsueta iuuentus,
 sacra deum sanctique patres; extrema per illos
 Iustitia excedens terris uestigia fecit. (vv. 472-475)

²⁹ Y señala, como Horacio, la llegada del invierno (v. 519) y del otoño (v. 521).

Para realzar este encuadre moral Virgilio ha colocado los diez versos que se ocupan de las tareas del agricultor (vv. 513-522) a continuación de una serie de igual número de versos (503-512), en los que describe las actividades destructivas de los hombres de la ciudad, cegados por la ambición (guerras, robos, invasiones, luchas fratricidas). Con esta contigüidad se logra una polarización absoluta entre las actividades constructivas del hombre de campo y las destructivas del hombre de la ciudad. Se va enriqueciendo la oposición ciudad vs. campo.

La tercera sección del epodo II (vv. 37-66) se inicia con una pregunta retórica, probable eco de la poesía elegíaca —y del pensamiento epicúreo—:

Quis non malarum quas amor curas habet
haec inter obliuiscitur? (vv. 37-38)

Esta pregunta da lugar a una serie de versos que completan la evocación de la vida campesina; ahora aparece la mujer y sus trabajos³⁰; aquí también distinguimos parentescos verbales en ambas composiciones:

epodo II, vv. 39-40

Geórgicas II, vv. 523-24

Quodsi *pudica* mulier in partem
[iuuet
domum atque *dulces* liberos

interea *dulces* pendent circum
[oscula nati,
casta *pudicitiam* seruat
[*domus* (...)

Horacio, luego de esta suboración condicional —expresión de deseo—, incluye abruptamente un *me*:

non me Lucrina iuuerint conchylia (v. 49)

e inicia una enumeración de los manjares exóticos y preciados de la

³⁰ Como en la *Elegía V* del Libro I de Tibulo, vv. 21-34.

ciudad, a los que contrapone después las *dapes inemptas* (v. 48) del campesino³¹.

Los últimos versos proporcionan un idílico cuadro hogareño e insisten en los aspectos gratificantes de la vida campestre.

Los cuatro versos finales del epodo II quiebran la ilusión de que el yo poético se corresponda con el autor: quien ha expresado el elogio de la vida campesina es Alfio, un usurero romano. Pasamos abruptamente del apacible cuadro rural al ajetreado mundo de los prestamistas romanos:

Haec ubi locutus fenerator Alfius,
iam iam futurus rusticus,
omnem redegit Idibus pecuniam
quaerit Kalendis ponere. (vv. 67-70)

Ya el v. 4 nos había dado un indicio de esta sorpresa final: "solutus omni *fenore*". Así, *fenore* y *fenerator* enmarcan anularmente la composición. Horacio centra su ironía en el v. 67: la repetición *iam iam* indica tanto el apresuramiento por lograr un cambio de vida como la reiteración del deseo, nunca cumplido, en la mente de Alfio.

Horacio insiste en la contraposición de los dos tipos de vida al señalar como únicas tareas de Alfio las relacionadas con el dinero; así quedan realzados los fecundos y variados trabajos del agricultor. Ahora se aclara el v. 4: *solutus omni fenore* (elemento inexistente en Virgilio): el *fenus* aparece como la primera de las trabas que impone la civilización porque es la que le toca más de cerca al usurero; el participio *solutus* = 'liberado' marcaría el deseo de Alfio.

Mientras el elogio de la vida campesina se desenvuelve en un ámbito casi atemporal —los únicos indicadores del paso del tiempo son la llegada del otoño y del invierno, que determinan el tipo de actividades del campesino—, en la ciudad el tiempo pasa velozmente y presiona al hombre: los idus y las calendas quiebran la ensoñación de Alfio y lo vuelven a la realidad.

³¹ ¿Otro eco de Virgilio? Cf. "nocte (...) *dapibus mensas onerabat inemptas*" (*Geórgicas*, IV 133).

Entre las diversas interpretaciones que presenta la crítica sobre el epodo II, Fraenkel aporta elementos interesantes. Indica, siguiendo a Lachmann, que probablemente Horacio se haya inspirado en el fragmento 22 (Diehl) de Arquíloco³², que podría haberle aportado el inesperado final; de este modo, Horacio pudo mezclar el elogio del campo, realmente sentido por él, con cierta burla de sí mismo, habitual en su obra³³. Fraenkel también señala la posibilidad de que aquí Horacio reelabore el tema de la permanente insatisfacción del hombre consigo mismo, desarrollado en *Sátiras* I, 1.

Por otra parte, el estudio comparativo del epodo II y de la digresión final del canto II de las *Geórgicas* da lugar a las siguientes observaciones.

En Virgilio la vida campestre es la antítesis de la urbana, signada por las ambiciones desmedidas, y el reservorio de las antiguas tradiciones romanas; sólo volviendo a ellas el pueblo romano se reencauzará y recuperará la antigua Edad de Oro, que *ya* existe en los campos:

quibus [agricolis] ipsa procul discordibus armis
fundit humo *facilem uictum* iustissima tellus (vv. 459-460)
quos rami fructus, quos *ipsa uolentia rura*
sponte tulere sua, carpsit, (...) (vv. 500-501)
aureus hanc uitam in terris Saturnus agebat (v. 538)

Por lo tanto, la vida campesina es un arquetipo que los romanos deben imitar: se revela el espíritu claramente admonitorio del poeta. Nuevamente, el ideal que había delineado en la égloga IV está próximo y es accesible a todos los romanos. Años después, Virgilio dirá en la *Eneida*, cerrando el círculo iniciado en la égloga IV:

Augustus Caesar, diui genus, aurea condet
saecula qui rursus Latio regnata per arua
Saturno quondam (...) (VI, vv. 792-794)

³² Comienza así: "Ὅ μοι τὰ Γύγῳ τοῦ πολυγρύσου μέλει".

³³ Fraenkel, *o. c.*, pp. 60-61.

Horacio, que también idealiza la vida campesina, al colocar su elogio en boca de Alfio, transforma su significado y parece mirar con ironía a Virgilio.

En primer lugar, Alfio tiene una visión parcial, hedonista, de la vida rural, la propia de un hombre de la ciudad: señala sus características más exteriores y, especialmente, las placenteras. Además, como en esta visión no aparecen los aspectos ético-filosóficos que la vida campesina posee en las *Geórgicas*, el campo se transforma en un lugar de evasión, inalcanzable, en un antídoto contra los males del amor y las obligaciones de la vida ciudadana.

En segundo lugar, Horacio —dada su visión conflictiva del ser humano— delinea a un personaje que no va a lograr acercarse a su ideal, porque es incapaz de cambiar. Su deseo de acceder a la vida rural es imposible, y Horacio se burla cruelmente de Alfio: *iam iam futurus rusticus* (v. 68). Como en el epodo XVI, Horacio proyecta aquí su desesperanza: el ideal es inalcanzable; y quizá por eso cuestiona irónicamente no sólo el planteo de Virgilio, sino también la significación misma del elogio de la vida campestre.

Más tarde, cuando Horacio haya tenido su propia experiencia de la vida campesina —diferente de la que muestra en este poema—, y cuando haya madurado, el elogio de ese tipo de vida cobrará un tono de absoluta sinceridad y un hondo acento personal, que no aparece en el epodo II; el poeta hablará del campo a partir de *sus* vivencias, e irá surgiendo en torno de ellas una postura filosófica (cf., por ejemplo, *Sermones*, II, 6 y *Epistulae*, I, 10, 14, 16). En el epodo II, por el contrario, Horacio desarrolla, con sus componentes habituales, este *locus communis* de la literatura de la época, pero con el objetivo de presentarlo desde un punto de vista irónico, quizá hasta paródico.

JOSEFINA NAGORE DE ZAND
Universidad de Buenos Aires